

Espiritualidad de sacristán

Henri Caffarel

Publicado originalmente como «Spiritualité de chaisière», Carta Mensual de los Equipos de Nuestra Señora, II año, n.º 2, diciembre de 1948. Reproducido en El Anillo de Oro, n.º especial 69-70, mayo-agosto de 1956, pp. 359-360.

Algunos meses de vida en común... ¡decepción! Sólo los interesados se sorprenden de ello; habían ido al matrimonio para Recibir y no para Dar. Después de unos años de entusiasmo, este militante abandona su grupo de acción católica. "Ya no encuentro nada en él". He aquí otro que se preocupa más en tomar que en dar. Un matrimonio joven, parte a Sudamérica. Su frase de despedida: "Ya no es posible llevar en Europa una vida un poco libre". Tal gobierno decreta un nuevo impuesto, pero ¿toma las medidas justas de enderezamiento, de comprensión? Por todas partes surgen reivindicaciones. Nadie se pregunta si no es el interés de la nación la que manda: "A mí me molesta, luego protesto". La lista no se acabaría nunca. Con DIOS mismo, venimos a recibir y no a dar: "¿para qué continuar confesándome y comulgando? No saco nada". Y la mujer toma un menor interés por su hogar, el militante por su movimiento, el feligrés por su parroquia, el ciudadano por su país, el hombre por su Creador. ¡Raza de aprovechados! Su apego está en función de su interés, de su ventaja. Ni siquiera tienen la franqueza de reconocerlo; critican y acusan a los demás. No tengo intención de proponerles hacer un amplio examen de conciencia: de mi hogar, mi parroquia, mi profesión, mi país, la Iglesia; ¿qué soy: el parásito, o el buen trabajador? No estaría bien tratar este problema tan importante, en cuatro líneas. Con pocas pretensiones, quiero invitar a cada hogar a que se pregunte: ¿por qué he entrado a los Equipos? ¿Para recibir o para dar? Y dirigiéndome a cada Equipo: ¿Por qué han adherido al Movimiento? ¿Lo han hecho únicamente para encontrar temas de estudio ya preparados; para recibir un boletín, para beneficiarse de las experiencias de los demás? En este caso, no están en el lugar que les corresponde. Mediten estas líneas escritas por S. Exupery en "Piloto de Guerra":

"En esta comunidad de hombres, yo no vivía en medio de ella como arquitecto. Me beneficiaba de su paz, de su tolerancia, de su bienestar. Lo único que sabía de ella era que yo me hospedaba en ella como sacristán, o como el que pone las sillas. Luego, como un parásito, luego, como un vencido. Así son los pasajeros de un barco, se sirven de él, mas no le dan nada. Al abrigo de los salones, para ellos marco único, continúan sus juegos. Ignoran el trabajo de las cuadrillas que trabajan bajo el eterno peso del mar. ¿Con qué derecho podrán quejarse, si la tempestad dismantela su barco?". Pero si ustedes me responden: "Queremos participar en la gran obra emprendida por los Equipos de Nuestra Señora, instaurar el reinado de Cristo en los hogares, hacer que la santidad arraigue de lleno en el mundo moderno y que no sea privilegio de los monjes formar buenos obreros de la Ciudad, vigorosos apóstoles de

Cristo", están en el buen camino. Su equipo será útil a todos. Así, recibirá de todos. Porque hemos de volver siempre a esta idea primera: quien viene para recibir, parte con las manos vacías; quien viene para dar, encuentra. Habiendo captado el espíritu de los Equipos, no les costará mucho aceptar su disciplina. No reaccionarán así: "tal regla nos estorba, nos sublevamos". Sino así: "esta obligación, este deber, son necesarios para la buena marcha del Movimiento, luego estamos bien dispuestos". Y ahora amigos, ¿comprenden por qué no podemos admitir que los equipos se sirvan de la Carta a su antojo? No es que tal o cual incumplimiento en sí mismo: no hacer más que una colecta en vez de dos, no contestar por escrito el tema de estudio, descuidar el adoptar una regla de vida, olvidarse de entregar la cotización..., sea una catástrofe. ¡No!, pero sí es un síntoma: el equipo ha entrado en el juego, no para dar, sino para recibir. Y esto es grave. Y es por ello que nos damos cuenta de que este equipo no ocupa el lugar que le corresponde; no está en su sitio. Después de todo ¡no son necesarios tantos sacristanes!

Henri Caffarel